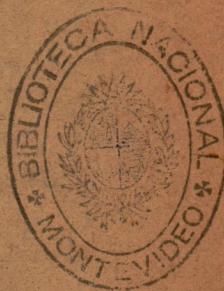


Amador. Eduardo Acevedo - Mayo 980
JOAQUÍN DE SALTERAIN

ARTIGAS

Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos
Libres. Su obra cívica. Alegato histórico, por
Eduardo Acevedo.

(Extracto de la REVISTA HISTÓRICA)



MONTEVIDEO

Imprenta «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño

23 — CALLE 18 DE JULIO — 23

1910

10F2707.S3

194

Montevideo, B. U. 137 y 5132

ARTIGAS

JOAQUÍN DE SALTERAIN

ARTIGAS

Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Su obra cívica. Alegato histórico, por Eduardo Acevedo.

(Extracto de la REVISTA HISTÓRICA)



51.819

MONTEVIDEO

Imprenta «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño

23 — CALLE 18 DE JULIO — 23

1910

D . 368644

10 F2707. S3

Donación



ARTIGAS. Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Su obra cívica. Alegato Histórico, por Eduardo Acevedo.

El tributo de sangre, prestado por la antigua Provincia de Montevideo, en contra de las invasiones inglesas y en favor de la reconquista de Buenos Aires, no puede considerarse, por el observador imparcial, como un hecho aislado y de escasa significación, sino como fermento, de consecuencias incalculables, entonces, que desenvolvió en el pueblo, el sentimiento del propio valer y la confianza en sus esfuerzos.

Domeñada la capital del viejo Virreinato, por el prestigio de las armas británicas, sin que la resistencia de sus moradores se hiciera sentir, de inmediato, con el denuedo exigido por las circunstancias, se imponía la decisión del heroísmo, para retemplar el espíritu de los vencidos y para cohonestar el avance de la victoria.

En aquellos momentos decisivos, y de los cuales dependía el porvenir de todo un pueblo, Montevideo no vaciló. Veteranos y voluntarios, abandonando la propia ciudad, atravesaron afanosos las turbulentas y dilatadas márgenes del Plata, para triunfar, como bravos, contra las aguerridas huestes que se enseñoreaban de la metrópoli con el ensoberbecimiento de su indiscutible poderío.

Reducido el hecho á sus propios contornos, sin los desfiguramientos de la pasión, ni los vértigos del éxito ulterior, resultaba el cuadro siguiente: la metrópoli, dominada en absoluto, sin haber intentado, en el principio, el desenvol-

vimiento de una resistencia seria; Montevideo, amenazado á su vez, iniciando la reconquista, sin mirar hacia atrás y sin medir el alcance de su temerario arrojo; la victoria final, obtenida con gloria y provecho, gracias á la acción de conjunto de entrambos pueblos.

Y si ese acontecimiento, único hasta entonces en los anales del dominio colonial, es innegable y rigurosamente exacto, á pesar de lo que el vocinglerío apasionado declame, y á pesar, también, de lo que el sectarismo doctrinario aduzca: ¿qué duda cabe, que su significado tuvo, necesariamente, que influir en el concepto público de la época, en las aspiraciones de los que habían colaborado en la empresa y en el repartimiento de los lauros obtenidos por el esfuerzo de todos?

Después de tan elocuente triunfo, alcanzado por españoles y americanos, después de aquella gloriosa aventura, iniciada en Montevideo y secundada heroicamente, es cierto, en Buenos Aires, era forzoso que los segundos se consideraran, ó empezaran á considerarse, algo más que súbditos, sujetos á la madre patria, sin voz y sin autoridad hasta entonces, como era humano el estallido de las rivalidades locales y del que derivaron profundas desavenencias. Y en efecto: poco tiempo después, el escaso y tardío concurso, acordado por la metrópoli, á las reiteradas instancias de Montevideo, conquistada en aquellos momentos por las armas británicas, tendía, á todas luces, á acrecentar, con lamentable falta de previsión, aquellas incipientes divergencias, tan naturales como lógicas y que sólo el patriotismo ilustrado de los hombres dirigentes pudo haber desvanecido con espíritu levantado.

Los documentos de la época, así como las gestiones entabladas ante la Corte Española, por entrambas ciudades y con el propósito de poseer los trofeos gloriosos, arrancados al invasor, dan fe de la emulación que animaba á los dos litigantes y que el tiempo había de acentuar.

Celoso de sus triunfos, como todos los pueblos, el amor propio del de Buenos Aires tenía que sentirse molestado

con la decisión patriótica de los vecinos de Montevideo, que no esperó indicaciones ajenas, para intentar la reconquista sin ningún genero de vacilaciones.

El historiador imparcial que quiera darse cuenta exacta de los hechos y analizarlos minuciosamente, en esos rozamientos y rasguños del orgullo lesionado, tiene, á veces, necesidad de detenerse y valorarlos con prolija conciencia, para estudiar, en el enmarañado laberinto de los acontecimientos, el germen, ó gérmenes, que han podido suscitar antagonismos y señalarlos, sin apelar á los recursos de la teoría, por seductora que parezca y por mucho que halague al sentimiento de las vulgaridades.

Montevideo, dependiente de Buenos Aires, jamás procedió por autoridad propia, hasta el momento de la reconquista, en cuya contienda aprendió á triunfar y á darse cuenta del propio valimiento. Su esfuerzo, exaltado en los primeros instantes, apenas perduró, en el espíritu del vencedor, sino como la realización de un servicio forzoso y sin trascendencias. Algo así como el cumplimiento de una deuda, que debe pagarse y que el deudor abona, sin derecho á la gratitud, aun cuando, para ejecutarlo, sacrifique vidas y haciendas.

Y si los celos de la opulenta metrópoli, del antiguo Virreinato, se sintieron sacudidos, hasta el punto de abandonar á su propia suerte, ó poco menos, meses después, á la invadida Provincia de Montevideo, ¿qué mucho, que de nuevo estallaran, cuando ésta, acaudillada por un jefe denodado y valiente, humillaba al poderío español y á sus disciplinados ejércitos?

La figura de Artigas, destacándose con perfiles acentuados, tuvo que ser el blanco de todas las iras: de los que en holocausto al centralismo de una autoridad, tan discutida como impaciente, ofrecían el gobierno del Río de la Plata á la voracidad enfermiza y á la ambición risible de príncipes de comedia y de reyezuelos, caducos aún antes de haber mandado.

La anarquía, se dijo entonces, y se ha repetido hasta el cansancio por los escritores contemporáneos, todo lo expli-

caba: todo, hasta el derecho de vender la patria. El propio don Manuel Belgrano, uno de los más distinguidos próceres de la Independencia, decía al propósito, con candorosa sinceridad: *«No hemos conocido más que el despotismo, bajo los gobernadores y virreyes, y bajo las Juntas, los Triunviratos y los Directores, pero sin el orden que en aquél proporcionaría el tema»*. Por eso y como remedios y un estado de desquicio único, se proponían: ya, la elevación al trono, de la princesa Carlota, con el apoyo del mismo Belgrano; ya, con Alvear, la intervención de la Gran Bretaña; ya, con Rivadavia, el establecimiento de la monarquía, en manos de aquella cariatide que se llamó don Francisco de Paula, ó bien, con otros, en las de un Braganza y hasta en las del desdichado heredero borbónico del reino de Etruria.

Y, si en medio de aquel caos, que ofuscaba el buen sentido de los patricios más ilustres de la época, todas las soluciones se legitimaban, ¿en qué delito incurrió la Provincia Oriental, negándose obstinadamente, por el esfuerzo de su heroísmo, á reconocer otra soberanía que la que derivaba de la Independencia y que no podía ser sino la del pueblo? Acaso la de vislumbrar el porvenir, con la clarovidencia latente en el corazón de las muchedumbres.

La anarquía, repetimos, que se invocaba para justificar los desvaríos de los políticos, no era la característica propia de determinada comarca, sino una perturbación general, peculiar de los tiempos de revuelta, y que había cundido por los ámbitos del país entero. La Provincia de Montevideo, como las demás, participaba de tamaño malestar, lamentable siempre, pero que nunca la llevó, dirigida por Artigas, al doloroso extremo de solicitar el restablecimiento de un gobierno, de instituciones idénticas á aquel contra el cual se combatía sin tregua. Y aquí bien cabe agregar, que, si la discutida fama del Protector, no tuviera otros títulos á la gratitud de sus conciudadanos, que su obstinada resistencia al dominio extraño, sobrarían ellos, y con creces, para recordarlo con respeto y admirarle como el primero.

de los orientales. Tanto más, cuanto el ambiente que le rodeaba, era, en absoluto, hostil á sus ideales.

A las perspectivas falaces de dominaciones espurias ó tiránicas, el corazón del pueblo, guiado por su jefe, prefirió las incertidumbres de la contienda. Abandonó la controversia teórica de la tribuna y las comodidades muelles de los hogares, para merodear por el campo, desnudo y falto de recursos, antes que inclinar la cerviz al extranjero invasor y al absolutismo centralista que proyectaba el acatamiento, no de un sistema de gobierno liberal, sino de un régimen caduco.

Eso, que fué heroísmo en Güemes, y aspiración patriótica en el pueblo de Buenos Aires, se clasificó de crimen en la Provincia de Montevideo y en las huestes de aquel legendario Caudillo, cuyo símbolo revelado por la documentación ilustrada y traducido al lenguaje de la verdad histórica, por el examen de la crítica desapasionada, irradia hoy claridades esplendorosas.

En aquella memorable acción, que, con el nombre de batalla de Las Piedras, figura en los anales de la Independencia, el Jefe de los Orientales venció á las tropas veteranas y disciplinadas, con un puñado de paisanos y con corto número de soldados. El ambiente, caldeado con los odios de la época; el ejemplo de una lucha sin cuartel, llevada á cabo por los ejércitos de la metrópoli y secundada, sin atenuantes que moderaran su intensidad, por los pueblos insurreccionados; las noticias de los horrores cometidos en la generalidad de los combates, donde se hacía lujo de salvajismo: todo, hacía presumir que, en ese primer encuentro, el vencedor, según costumbre, haría pagar caro, al vencido, el esfuerzo del triunfo.

El ilustre Bolívar, honrado por el pueblo norteamericano con la espada de Washington, ofrecida, en memorable ocasión, por Lafayette, el «*Nextor de la Libertad*», y San Martín que tiene estatuas en ambos mundos, aren-

gaban á las multitudes insurreccionadas, proclamando, sin ambages, el exterminio del caído. El doctor don Mariano Moreno, numen tutelar de la Revolución de 1810, en las instrucciones pasadas ante la Junta Gubernativa, abundando en argumentos aclaratorios, decía entonces: «*No debe escandalizar el sentido de mis voces de cortar cabezas, de verter sangre y sacrificar á toda costa, aún cuando tengan semejanza con las costumbres de los antropófagos y caribes... Todos los enemigos que caigan en poder de la patria y que sean de importancia por su jerarquía administrativa, por su riqueza, por su influjo ó por su talento, deben ser decapitados.*»

Sólo Artigas, el *gaucho* indómito y sanguinario, substrayéndose á las influencias nocivas de un ambiente preñado de odios, contrariaba la consigna del exterminio, respetando al vencido y canjeando prisioneros con los enemigos. De estos últimos, ninguno fué pasado por las armas, después del triunfo de Las Piedras, y 296, rendidos, fueron enviados á disposición de la Junta de Buenos Aires.

Era la primera vez que las aguerridas huestes de los ejércitos españoles mordían el polvo de la derrota, en estas regiones, y una de las raras batallas de la época, terminada sin el exterminio del vencido. El contraste resultaba hiriente, pues al desastre de la expedición de las Provincias Unidas al Paraguay, respondían las dianas triunfales de Las Piedras, y á la persecución, sin cuartel, de los enemigos, el respeto á la vida de los prisioneros y el canje inmediato de muchos de ellos.

Con escasos recursos, el *gaucho* Artigas venecía, y con supuestos instintos de fiera, enseñaba á los próceres ilustrados, á no abusar de la victoria y á perdonar al adversario disperso y roto. La lección afrentosa, para el orgullo de los hombres dirigentes de la Revolución, no era de las que se olvidan al día siguiente. Y así sucedió. El asedio de Montevideo, como consecuencia del triunfo de Las Piedras, fué deliberadamente suspendido, en virtud de un armisti-

cio, absolutamente innecesario é inoportuno, que colocó á los ejércitos de Artigas, y á la campaña entera de la Provincia Oriental, abandonada por completo á la voluntad del extranjero, en la peor de las situaciones. Acaso, ante el juicio de los augures, el vigor ascencional del águila, se manifestaba desde sus primeros aleteos y era menester reducir su campo de acción, para que no subiera muy arriba.

No obstante lo inesperado de aquella tregua, realizada en los momentos más angustiosos para el dominio español y cuando la rendición de la plaza asediada era cuestión de tiempo, el Jefe *anarquista* de las fuerzas victoriosas, obedeció á lo resuelto, retirándose del sitio de su triunfo, á donde se le ordenaba que permaneciera.

La divergencia de propósitos entre el Gobierno central y las provincias, de nuevo se ponía en transparencia, con caracteres tan acentuados, que no dejaban lugar á esperanzas de conciliación en lo futuro. Tanto más, cuanto en aquellos momentos, en tanto se trataban, en Río de Janeiro, los destinos del Río de la Plata, bajo la base de un gobierno monárquico, la invasión portuguesa amenazaba apoderarse de la desguarnecida Provincia de Montevideo.

La peregrinación del pueblo oriental, víctima inmolada á los celos de sus hermanos y á la voracidad de sus adversarios, comenzó entonces. El país entero siguió á su Jefe, á quien, después de haber honrado á la causa de la Independencia, declaraba traidor y ponía á precio su cabeza, el delegado del Gobierno central.

El simple relato de los acontecimientos, sin ornato ni comentario alguno, habla al criterio del observador con una elocuencia que ilumina la obscuridad de los tiempos pasados como la luz meridiana. Y es, porque el encadenamiento de los sucesos, en el orden que se han producido, sólo se vislumbra con positiva exactitud, separándonos de las épocas en que se verificaron. De la misma manera, que percibimos mejor los contornos de la montaña, la majestad de la altura y la intensidad de la sombra que proyecta, alejándonos de sus flancos y abarcando, á la distancia, el conjunto de su grandeza.

Cuando los peligros nos rodean y amenazan, el primero que los arrostra y domina, no es un auxiliar secundario, que nos servimos de él si se necesitan sus esfuerzos, sino un elemento de valer, á quien se le deben consideraciones especiales. Pero las gentes de Buenos Aires, entendiendo lo contrario, del mismo modo que, años atrás, abandonaron, casi á sus solos recursos, á la ciudad de Montevideo tomada por los ingleses, abandonaban también á la Provincia, á la rapiña de los conquistadores iberos y lusitanos, declarando, como decíamos, la celebración del armisticio y el alejamiento, del vencedor de Las Piedras, del sitio de su triunfo.

La invasión portuguesa, naturalmente, se llevó á cabo sin el menor tropiezo, garantida con las imprudentes medidas que desorganizaron á las milicias orientales. El país, abandonado y desierto, cayó de nuevo en poder del extranjero, y cuando Artigas, ante la magnitud del peligro, se proponía reaccionar y afrontarlo, un decreto, como decíamos, del delegado de Buenos Aires, lo declaraba traidor, y, por consiguiente, indigno de ser obedecido. Así se premiaban los triunfos alcanzados y se estimulaba el heroísmo de un pueblo, que todo lo abandonaba para luchar por su libertad!

Arguyendo ahora, sobre semejantes sucesos, fácilmente se deducirá, que los personajes que actuaron en ellos, sus tendencias y figuración, así como sus méritos y capacidades, podrán dar materia á la controversia, según el criterio con que se les considere y según el documento modifique ó demuestre alguna ó algunas de sus supuestas facultades. Los que simpaticen con Artigas ó Sarratea, y con la causa que defendieron, abonarán sus simpatías una vez que se trate de los méritos de cada uno de ellos. Los acontecimientos, empero, difícilmente podrán desfigurarse, según la voluntad de los hombres, y los que reseñamos, siguiendo punto por punto la narración de la obra cuya síntesis describimos ligeramente, son de los que dan la clave, al observador imparcial, para explicar, con la lógica de los hechos, las

orientaciones diversas seguidas entre los miembros de una misma familia, destinada, naturalmente, por su origen, por sus intereses y por su lenguaje, á vivir unidos, desde los albores de la emancipación, profesando el culto de la común grandeza.

La tendencia separatista de la Provincia de Montevideo, ante la documentación histórica, si no asumió las proporciones de un propósito deliberado en la mente de los próceres de la Independencia, tampoco albergó, como aspiración, en el espíritu de Artigas. Sugerida, sin previsión alguna, por el desvío y estado anárquico de la metrópoli, tomó creces, más tarde, con el desarrollo de una serie de acontecimientos concomitantes que ahondaron las divergencias de los tiempos de formación. Frente á éstas y frente también á las ambiciones del extranjero, el sentimiento se enardeció en la lucha, se exteriorizó en el triunfo y obligó, años después, á la diplomacia argentina y brasileña, á reconocer la independencia de un Estado batallador y viril, que no se conformaba con tutelajes extraños, que había derramado copiosamente su sangre, desde que naciera á la vida, y al que las negociaciones de los países vecinos y rivales pretendían darse el lujo de conceder, lo que su decisión y heroísmo habían impuesto de una manera irrevocable. Tal ha sido, en resumen, el Génesis de esta patria Uruguaya, de tan difícil gestación, como accidentado y viril desenvolvimiento.

Sin que se amengüe, en lo más mínimo, el brillo de la figura del General Artigas, puede afirmarse que los actos deliberados de aquel repúblico, concurrieron siempre á la unificación de los Estados del Río de la Plata. *Gaucha anarquista é iletrado*, como se le ha supuesto, antes que nadie, en su época, y mejor que todos, vislumbró las ventajas del régimen federal, que el centralismo *porteño* flagelaba con toda clase de calificativos agudos. Las Instrucciones de 1813, demuestran tamaños postulados con elocuencia. Y, si el mérito de tan avanzada iniciativa, se ha negado, suponiendo, sin fundamento alguno, que no era posible

que Artigas las dictara, forzoso será también, negar la influencia de todos los gobernantes, en razón de que la mayoría de sus resoluciones son la obra material de numerosos colaboradores. Pues qué, ¿acaso el renombrado Código de Napoleón, lo dictó, punto por punto, el genio maravilloso del Gran Emperador? Con haberlo sugerido y sustentado, sus títulos, como legislador, á la gratitud de la posteridad, quedaban saneados y sólo al juicio extraviado del adversario ciego, puede ocurrírsele, que, por ser la obra de numerosos elementos, en nada le pertenecía. La historia, considerada así, deja de ser historia, para transformarse, como en el caso de nuestro héroe, en romance, en leyenda, ó en tesis defendida con propósitos más ó menos laudables; pero que desdicen de la serenidad del juicio y de la imparcialidad del criterio.

De la época á que nos referimos, ningún documento revela, como las Instrucciones á los congresales de 1813, ideas tan adelantadas y procedimientos de gobierno tan previsores y sensatos. Si realmente fueron obra exclusiva del General Artigas, ó sugestión ilustrada y sagaz de algún ó algunos de sus consejeros, es problema de secundario interés y difícil solución. Al suscribirlas, en vez de repudiarlas, él puso al pie el sello de su autoridad; las hizo suyas, en una palabra, y por ese hecho, él solo es responsable de su significado, ante la historia, como lo es todo gobernante de las resoluciones que, sin extorsión alguna, aconseja, sustenta y pone en práctica.

Pero, ya lo hemos dicho, los tiempos de formación y de revuelta, no son los más propicios para que la razón prevalezca y el criterio sano se imponga, cuando el ambiente pesado nubla los horizontes y desvía las voluntades del camino de la verdad. La moderación tranquila y el respeto al derecho ajeno, se consideran, entonces, como atentados contra el bien general y como resabios de insubordinados anhelos. La consigna es de odio, y todo lo que no se inspire en ese sentimiento, significa indisciplina y merece el oprobio. La pasión, que todo lo desfigura, hasta el inte-

rés mezquino, pinta con caracteres negros aquello que contraría los ímpetus de las ambiciones del momento, sacrificando, en holocausto al éxito perseguido, numerosas sinceridades y patrióticos esfuerzos. Y se olvidan los grandes servicios, porque no se avienen con la estrechez del ambiente, y se declara nociva la influencia del que piensa, como se declaró á raíz de los más hermosos triunfos, la abnegada perseverancia del Protector de los Orientales, como la obra de un traidor! La obra de un traidor, cuyas doctrinas han servido de base á la Constitución argentina; cuya actuación no cuenta con un solo hecho documentado, ¡en aquellos tiempos!, que empañe su memoria y cuyos éxitos y prestigios terminaron con las amarguras del ostracismo, sin una palabra de protesta y con el heroísmo de la pobreza más reducida, sin el desaliento de ninguna altivez, en las eternas horas de su tristeza!

El Alegato, esbozado en dos volúmenes, por la benedictina labor del doctor don Eduardo Acevedo, consagrado al estudio de la personalidad de Artigas, y del cual nos hemos atrevido á presentar una ligerísima síntesis, tan breve como incompleta, engarza con broche de oro el litigio novelesco y caprichoso que la leyenda del odio, inventó, ahora casi un siglo, con la documentación imaginativa del interés herido.

Era menester, para delinear los contornos del personaje, llenar vacíos, que los años agigantan,—rebuscar entre la polilla de los viejos archivos, dispersos y olvidados, el detalle sugerente y la frase reveladora,—era necesario, sí, hacinar materiales de busca dificultosa, cuando no imposible,—compulsar las opiniones de los hombres de la época, amigos y adversarios, y presentarlo el todo al jurado de la opinión y al fallo de la crítica.

En semejante laboriosa tarea, todavía no terminada, llevada á cabo con singular maestría y sin ningún género de pretensiones literarias, se aclaran las incertidumbres y nebu-

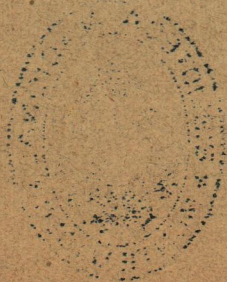


losidades de numerosos acontecimientos poco conocidos, tales y tantos son los documentos que la abonan, debiendo mirarse, en su vasto conjunto, cómo el fundamento, más saneado hasta ahora, que ha de servir para el estudio de la historia nacional. Bien merece el desinteresado investigador, una palabra de gratitud y un aplauso de estímulo, por el servicio que viene prestando á las letras uruguayas.

// ...A través de los años que debelan el ensoberbecimiento de las grandes mentiras históricas, y á la luz de la investigación paciente, que escruta, rotula y califica los acontecimientos, la figura del *Héroe*, agigantada con el atractivo de la ingénita sinceridad, se destaca y perfila en el cielo de los anhelos patrióticos.

En las horas del descreimiento, que, como brumas del crepúsculo, anublan los horizontes de la conciencia, *Su* fe, nos retempla; en los instantes de tibieza, que atemperan los bríos del entusiasmo, *Su* calor nos vigoriza; en los días de oprobio, durante los cuales la explosión de los odios atávicos mendiga la complicidad del extranjero, para teñir con sangre de hermanos los linderos del almo suelo, diseñados con coloridos alegres á las caricias del progreso, *Sus* amarguras sin protestas y *Su* silencio, sin paréntesis, nos enseñan á cerrar los ojos y los labios, ante tamañas aberraciones, á la espera de mejores días. //





BIBLIOTHECA NACIONAL